

Arrástrame hacia el cielo, allí dónde se aman las gaviotas, aquellas que vuelven sobre el mar en el verano, cuando se terminan las sombras, antes que el otoño nos ordeñe entre los árboles.

Es octubre y los besos conocen el letargo, ese pulsar sobre los nidos, ese desvivirse al atrasarse el reloj con un pasado que quiere ser como una golondrina.

Se me encienden los ojos con la tarde, cuando el sol cae entre visillos, cuando la amarillenta vista de los gatos te sostiene, y como un camaleón desnudas los colores en el diván donde dormitas.

Entre el cielo y la tierra, la lluvia. Tú, mi lluvia. Mi procesión santa. Mi diluvio.

Con las hojas del sauce quemaré los restos de las brujas, los huesos de las sábanas donde la piel se derrite y crece.

Miro las flores que cortaste para mí, como si en esas flores anduvieses, como si me pudieras cortar el corazón y llevártelo a las ciudades por que pasas, y yo siguiese entera recordándote.

Me llamaron preciosa, la flor más bella del jardín; lo hizo un hombre que no sabía de metáforas.

Quiero ser preciosa para ti, la amapola más bella de mis versos, la que es palabra y en el rojo multiplica la visión.

Te daré mis alas y verás cómo vuela el petirrojo planeando entre estrellas invisibles, entre estrellas y esperanzas de que los pájaros no se beban todo el mar.

Eres mi pájaro, la más linda ave que surca por el cielo, el azar último de los dioses, la más sagrada contingencia.

Le pregunté por ti al oráculo, y te desdijo. No le creí. El oráculo era una mujer indígena que susurró tu nombre en mis oídos, tu nombre de caña y flor. La oí y hubo mil ecos que todavía me resuenan en las manos, como si al acariciarte te escuchara.

En tus labios el beso anida entre alas, y la fosforescencia que habita más allá del ruido se desvanece entre pulgares.

Queda la oscuridad. Reluces. De oro y bronce en el azul de unos ojos que visitan la firmeza del aire, con esa transparencia en que me revelo lamia, quiero devorarte para que sigas creciendo, siempre más, siempre más allá, siempre tú, con los testículos llenos de espuma de cielo.

Entre fulgores, el fulgor del negro.

Acostarme a tu lado, sabiéndote, encontrando tu piel, perdiéndome en tu pubis, en los pequeños matojos de tu pecho, con la sangre de puntillas y acelerando, como si la gasolina fuera luz y entre mis pechos viviera el alquitrán, como si la brea pudiese inundarme con su olor marino, y yo fuera el último fuego de la consagración.

Amarte, entero, por todas tus esquinas, en todas las estrellas, y que los astros respiren tu piel y me acaricien con sus acantilados, con la aspereza de su ruta milenaria.

Vi el diamante entre los sueños. Vi la ciudad, el verde y los santos que hablaban en la eternidad. Allí vendrás conmigo, cuando mueras.

La muerte es bella. La muerte carece de palabras con que embellecerse. No las necesita.

Es la madrastra, la que sin parir es madre. Es el hombre con la hoz cosechando almas.

La muerte es una cita de amor completa. Se lleva todo el cuerpo y destruye su sustancia, llevándolo por los caminos del silencio.

Oh profanación sagrada, amor que en sí mismo se construye más amor, infinito en su textura, en el amargo sabor de su final, cuando cristaliza en el beso último de la casa abominable.

Mi hombre, ¿dónde buscaremos el palacio de plata? ¿Dónde encontrar el Grial de tu hermosura? ¿Dónde beber la sangre del Cristo, en qué cáliz, en qué sagrario conseguir la hostia de tu semen?

Los manantiales me cruzan mientras tanto. El agua me prodiga en una adivinanza escrutadora de las nubes. Vivaldi dibuja las estaciones, y llovizna.

Me bautizas. Te sigo con la fe del mendicante, del que suplica en la oración el espejismo de ver a Dios aparecerse, y en el sueño de penetrar en la ciudad de los ensueños con los cristales tallados como torres, con las plantas y las flores a su paso, con la gente que platica de sus cosas, como si en lugar del paraíso estuviese en el ágora con Sócrates, y Sócrates se enamorara de mí, de mi voz, de mis canciones y poemas, y tú también te enamorarás más y más, como si yo conservase la virginidad de una inocencia que no se derramara en las destrucciones más viles del odio.